

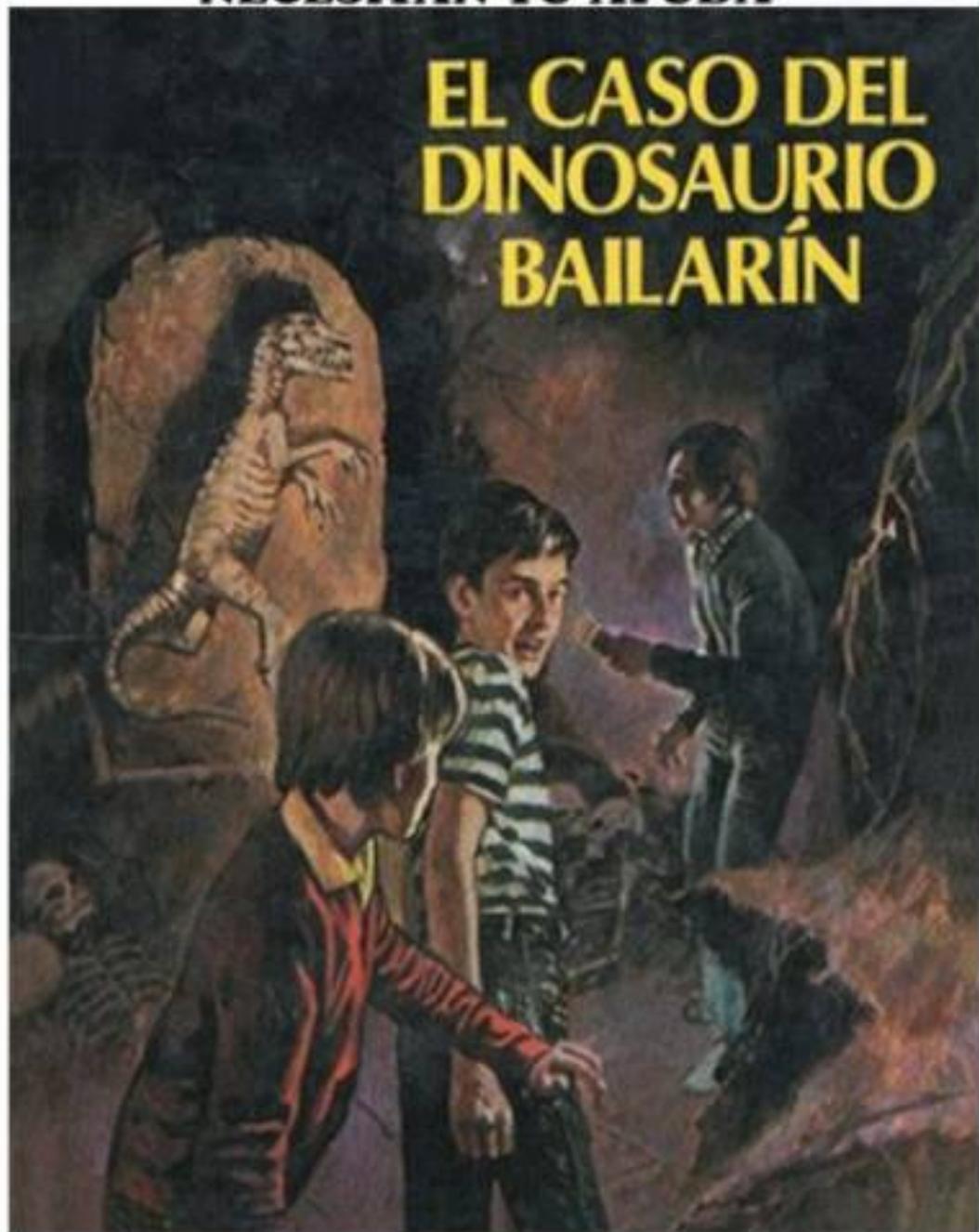
**ALFRED HITCHCOCK** Y

**LOS TRES  
INVESTIGADORES**



**NECESITAN TU AYUDA**

**EL CASO DEL  
DINOSAURIO  
BAILARÍN**



El valioso fósil dorado de un dinosaurio ha desaparecido. Y también la última persona que lo tuvo en su poder... el problemático Arnold Brewster.

¿Dónde estarán? ¿Qué importancia tienen ese fósil de dinosaurio? Les corresponde averiguarlo a los Tres Investigadores... con tu ayuda.

Patientes codiciosos, montañas peligrosas e indios enemigos aguardan a los incautos y jóvenes detectives.

Si tú envías a los Investigadores en la dirección correcta, Brewster y el dinosaurio serán encontrados sanos y salvos.

Pero envía a los sabuesos en dirección equivocada... ¡y no volveremos a saber de ellos jamás!

La suerte de los Tres Investigadores está en tus manos. ¡No te equivoques!

A la Biblioteca del Lago de Ginebra  
por todo su interés y apoyo,  
y un agradecimiento especial a  
Bárbara Davis, Bibliotecaria Infantil

## ¡Atención, amigos de los misterios!

¿Eres más listo que los Tres Investigadores? Aquí tienes la ocasión de averiguarlo. En este libro tú puedes ayudar al famoso trío de sabuesos a resolver su último caso. En cada momento crucial de la historia se te pedirá que decidas el camino a seguir. Si eliges sabiamente, habrás dado un paso más hacia la solución. Si eliges estúpidamente... bueno, ¡no digas que no te lo advertí!

¿Y quién soy yo? Héctor Sebastián, amigo y consejero de los Tres Investigadores. Antes fui detective privado, pero ahora me dedico a escribir novelas de misterio. Permíteme decirte que este último caso de los muchachos es tan confuso y desconcertante como los otros. Intervienen una tribu perdida de indios, un dinosaurio fósil que brilla en la oscuridad, y más problemas de los que quisiera encontrar cualquier detective.

Por si todavía no conoces a los Tres Investigadores, permíteme presentarte a Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Su lema es, «lo investigamos todo», y lo hacen. Jupiter es el jefe del grupo. Un chico regordete que tiene un alto concepto de sí mismo... por buenas razones. Pete Crenshaw, el segundo investigador, es un muchacho fuerte y atlético y mucho más prudente que Jupe. Bob Andrews, el tercer miembro del equipo, está a cargo de la investigación en archivos y de los informes y hay que tenerle muy en cuenta por su clarividencia en los lances apurados.

Ahora que estás preparado, puedes comenzar tu tarea detectivesca. Buena suerte en el caso del Dinosaurio Bailarín. ¡La necesitarás!

Hector Sebastian

—¿Eres Jupiter Jones? —pregunta el viejo mientras retuerce una gorra deslucida—. El señor Brewster dijo que me darías algún dinero por entregarte esta nota

Jupiter Jones mira la figura sucia y andrajosa con recelo, pero le vence la curiosidad. Rebusca en su bolsillo y saca las monedas suficientes para que asome una sonrisa a aquel rostro arrugado. Nota y monedas cambian de manos y el viejo se marcha de la chatarrería de Los Jones.

—¿De qué se trata? —pregunta el amigo de Jupiter, Pete Crenshaw.

—Es una nota de Arnold Brewster —dice Jupiter desdoblado la arrugada bola de papel—. Pero está escrita con lápiz en una servilleta de papel y me cuesta trabajo leerla.

—Llévemola al Puesto de Mando —propone Bob Andrews, el tercer miembro del grupo—. Tal vez allí podamos descifrarla.

El Puesto de Mando es en realidad un viejo remolque completamente enterrado en las profundidades del Patio Salvaje, propiedad de Matilda, la tía de Jupiter, y su marido, el tío Titus. Jupiter vive con la simpática pareja desde la muerte de sus padres, y él y sus amigos Bob y Pete, pasan gran parte de su tiempo descargando, clasificando y reparando los trastos que trae a casa tío Titus. A cambio de sus esfuerzos, a los muchachos se les permite utilizar un viejo remolque que ellos han equipado con un laboratorio, cámara oscura para el revelado de fotografías, despacho, y teléfono privado. El remolque es la central de la agencia de detectives juvenil Los Tres Investigadores cuyo trabajo tía Matilda califica de «tonterías». No obstante, si se la presio-

na, confiesa que los muchachos han solucionado un impresionante número de casos.

Una vez dentro, Jupiter da la vuelta a una lámpara de sobremesa para que la bombilla apunte al techo. Con cuidado extiende el frágil papel sobre la pantalla circular. Luego apaga la luz de la habitación.

—Bob, prepárate para copiarla —dice Jupiter—. No durará mucho.

Al encender la lámpara, la luz se proyecta a través de la servilleta de papel dando gran relieve a las palabras escritas.

—¡Listo! —exclama Bob mientras escribe la última palabra. El papel se vuelve marrón y se desmenuza entre los dedos de Jupiter.

Los muchachos miran lo que Bob ha escrito.

Queridos muchachos:

Espero que esta nota llegue a vuestras manos. Sois mi última esperanza. Pronto se habrá perdido todo. Mi sobrino Clifford y su abogado Shady me han declarado «incapacitado mental» y me han llevado a la Residencia Horas Doradas. Mi casa y todo lo que poseo será subastado el próximo domingo. Por favor, venid a verme. Tenéis que ayudarme a salvar el Dinosaurio Bailarín.

Arnold Brewster.



—El señor Brewster no debería estar en una residencia de ancianos —dijo Jupiter—. Es viejo, pero sabe cuidar de sí mismo perfectamente. Incluso sigue enseñando.

—A mí me gusta —añade Pete—. Por ocupado que esté, siempre tiene tiempo para hablar con nosotros.

—Sí, y posee cosas realmente interesantes, todos esos fósiles y cosas indias —dice Bob—. ¿Cómo puede Clifford subastarlas? Significan mucho para el señor Brewster. ¿Pero qué es un Dinosaurio Bailarín?

—No lo sé —responde Jupiter despacio—. Hay demasiadas preguntas y pocos datos. Un buen investigador reúne todos los datos que puede antes de comenzar un caso.

—¿Este es un caso oficial? —pregunta Pete.

—Nuestro lema es: «lo investigamos todo», de modo que investiguemos —responde Jupiter.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —exclama Pete.

1. —¿Por qué no vamos a la residencia y hablamos con el señor Brewster? —sugiere Juve. Pasa a la página 31.

2. —Tal vez la familia sepa algo que nosotros ignoramos —dice Bob—. El señor Brewster es muy viejo. ¿Por qué no hablamos con su sobrina María? Es mucho más simpática que su primo Clifford y ella debe saber lo que ocurre. Ve a la página 37.

Una rápida llamada a la oficina de registro de Ruxton proporciona a los muchachos la dirección de Martín.

—Se ha marchado —dice su patrona—. Metió sus cosas en ese viejo Chevy y se largó, y yo le deseé buen viaje. Vaya, no le hubiera alquilado una habitación de haber sabido que era indio. No comprendo como nuestro gobierno permite la entrada a todos esos extranjeros. ¡América debería ser para los Americanos!

—Los indios son americanos nativos, no extranjeros —dijo Bob cortésmente.

—¡Bueno, pues no deberían serlo! —gritó la dueña de la pensión ajustando su jersey a su cuerpo enjuto—. Cuando subí anoche a cobrarle el alquiler, vi toda clase de cosas paganas... estatuas e ídolos y algo que brillaba de un modo raro. ¡Me llevé un susto de muerte! ¡Os aseguro que le dije lo que pensaba! ¡Y entonces me dijo que saliera de su habitación! ¡Cómo si no estuviera en mi propia casa! Bien, le dije que se largara y se llevara sus ídolos.

—¿Sabe usted a dónde fue? —pregunta Jupiter.

—Pues no lo sé, no es cosa que me incumba, pero le oí decir a esa amiga suya, ese retaco de María Brewster que tenía que devolver el dinosaurio, aunque no sé qué significa. Probablemente será una especie de clave secreta. Oye, ¿no seréis también indios, eh? —pregunta la dueña de la pensión mirándolos con recelo. Luego, antes de que Jupiter pueda contestar, les cierra la puerta en las narices.

—Uau, está loca de remate —dice Pete—. ¡Extranjeros!

—Al parecer no todo lo sabe o está de acuerdo contigo. Pete —dice Jupiter mientras se sienta en el bordillo de la acera y apoya su barbilla gordezuela entre las manos—. Pe-

ro, a pesar de sus prejuicios por ella hemos sabido que tenía en su cuarto un objeto de piedra que brillaba... y un Chevy viejo.

—Creo que podemos llegar a la conclusión de que fue la persona que anoche nos arrebató el Dinosaurio Bailarín. Y que en compañía de María Brewster piensa llevarlo al lugar de donde salió. Un robo muy extraño.

1. —Yo creo que ese Martin es un tipo demasiado peligroso para andar suelto —dice Pete—. Demos parte a la policía y veamos si podemos entrar en acción—. Pasa a la página 72.

2. —Martin está ya muy lejos, Pete —responde Jupiter— y no hemos dado ni un paso para ayudar al señor Brewster. En este caso no nos queda nadie con quien hablar, aparte del abogado de Clifford. Deberíamos ir a verle. Sigue en la página 35.

—¿Bajar por esos túneles? —exclama Pete nervioso—. ¿Y si nos capturan los hombres de las cavernas y nos obligan a vivir ahí abajo durante el resto de nuestras vidas?

—Antes de que nos capturen los hombres de las cavernas tenemos que decidir cuál de estos túneles vamos a seguir —dice Bob con regocijo apenas contenido—. Si miráis, veréis que este de la izquierda conduce a un agujero del suelo. Veo una escalera que asoma y me parece oír cierta música que sale de allí.

—No sale ninguna música del túnel de la derecha; yo no oigo nada. Pero desciende de forma más pronunciada y parece más cálido que el otro.

1. —Yo creo que deberíamos tomar el túnel de la música, buscar a quien toca, y presentamos —dice Jupe—. Quienquiera que sea capaz de tocar un instrumento tiene que ser civilizado y todo saldrá bien. Pasa a la página 43.

2. —Yo no quiero encontrar a nadie, civilizado o no —dice Pete Bajemos por el otro túnel. Pasa a la página 92.

—Exacto, está en casa de Brewster —dice Pete levantándose de su asiento en el Puesto de Mando.

—Yu-ju, muchachos, ¿dónde estáis? —grita tía Matilda desde el exterior—. Tengo un trabajo para vosotros.

Horas más tarde, tía Matilda contempla satisfecha los resultados de la labor de los muchachos.

—Creo que así está mucho mejor, ¿no os parece? Ahora ya podéis decir que el remolque está aquí.

—Pero tía Matilda —gime Jupiter mirando al remolque ahora al descubierto y rodeado de montones de chatarra cuidadosamente ordenada—, nosotros queríamos que estuviese escondido. Se supone que es un Puesto de Mando secreto. ¡No queremos que nadie lo encuentre!

—Oh, tonterías —dice tía Matilda agitando las manos—. Se pueden resolver misterios y ser limpio a la vez. Estoy segura de que el FBI está limpio. Dejad de protestar, os acostumbraréis enseguida. Ahora tengo algunos trabajos más para vosotros.

—Eh, tía Matilda, nos gustaría de veras —se apresura a decir Bob—, pero tenemos que hacer algo por encargo de Arnold Brewster.

Mientras los muchachos se apresuran a escapar, Jupe dice:

—Pasemos por el museo de historia natural antes de ir a casa de Brewster. He oído que hay una exposición de rocas y fósiles. Tal vez aprendamos algo útil.

—Sabes —dice Bob mientras pedalea en su bicicleta camino del museo—, me preocupa que el Puesto de Mando esté tan visible. Espero que no le pase nada.

—A mí tampoco me gusta —replica Jupiter—, pero es inútil discutir con tía Matilda. Lo olvidará pronto y entonces podremos volver a esconderlo.

En el museo los muchachos examinan la nueva exposición con interés. De pronto Bob llama a los otros que se encuentran contemplando una vitrina oscura. Tras el cristal, una roca surcada de vetas de oro brilla con una fosforescencia fantástica.

—¡Eh, tiene el mismo aspecto que el fósil del señor Brewster! —exclama Pete.

—Esta muestra de roca que contiene oro es muy típica en las zonas de actividad volcánica —lee Bob.

—¡Eh, uau! ¿Eso significa que el Dinosaurio Bailarín contiene oro? —pregunta Pete.

—Quizás —responde Jupiter—. Pero hay muchos otros metales que parecen oro. Tendría que analizarse para saberlo con certeza. Pero parece indicar que ese fósil proviene de una zona con historia volcánica.

—Estupendo, eso lo reduce a la mayor parte de California —dice Pete.

—Hemos de encontrar ese dinosaurio —exclama Bob.

**Sigue en la página 26.**

—¿María Brewster? —dice el teniente que acude a la habitación de Clifford en el hospital—. La conozco. ¡No la creo capaz de haber hecho esto!

—Usted no está sentado en la cama de un hospital —dice Clifford furioso—. Mi abogado me ha dicho que ella y su amigo van camino de Comina. Le exijo que la detenga. ¡Y tenga cuidado, es peligrosa!

—Y de paso —añade Shady Zindler— arreste a su amigo. Anoche robo un fósil muy valioso.

Con una mirada de disgusto, el policía da media vuelta y sale de la habitación.

—Será mejor que me vista —dice Clifford bajando sus esqueléticas y blancas piernas por el borde de la cama—. Quiero estar allí cuando la traigan.

—Clifford, María es tan bajita, ¿cómo pudo golpearle? —pregunta Bob.

—¡Tú eres igual que los otros! —gruñe Clifford—. ¡Toda mi vida he oído lo mismo, María, María, María! La preciosa y pequeña María. ¡Bueno, ya veremos lo monísima que estará en la cárcel! Y olvidad lo que dije antes. No estáis de mi parte. ¡Quedáis despedidos! ¡Los Tres Investigadores, ja!

—No me parece que haya motivos para quedamos por aquí —dice Bob a sus compañeros—. Creo que esto ya no es de nuestra incumbencia.

—Vayamos a comisaría para ver lo que ocurre —propone Jupiter—. Todavía hay algunas cosas que me preocupan.

**Pasa a la página 82.**